II.

Enlazo mi relato en la época en que Cesarina llegó á su mayor edad; su padre la había ya emancipado en cierto modo, poniéndola en posesión de la fortuna de su madre, que era considerable. Yo había consagrado seis años á su educación, y puedo asegurar que le había enseñado poco, porque su inteligencia se adelantaba á mis explicaciones.

En cuanto á su educación moral, ignoro si me cabe ó no responsabilidad del bien ó el mal que en ella había. En la época á que me refiero, vencía todavía el bien, por más que algunas veces tuve que combatir un principio de mal, procurando hacerla distinguir el uno del otro.

Lo cierto es que al cabo de estos seis años yo amaba á Cesarina con un afecto casi maternal, aunque no me hiciese ilusión ninguna respecto al cariño que ella me profesaba; por su parte todo era gracia, seducción; pero no me hacía esto conocer lo íntimo de sus sentimientos.

La dicha que me otorgaban Cesarina y su padre no bastaba á llenar mi corazón; había otro sér á quién prefería á todos ellos, cuya sociedad constante me hubiera hecho grata la vida, y este sér, como ya se comprende, era mi ahijado y sobrino Pablo Gilbert,

Por él había yo entrado en casa de los Diétrich, por él hubiera dejado la abundancia de aquella casa por compartir su pobreza; pero él insistía en no quererme deber nada y en vivir alejado de mí.

No me encontraba bien en aquella sociedad que rodeaba á Cesarina, y puede decirse que mis únicas horas gratas eran las que pasaba en mi cuarto consagrada á mis lecturas ó en compañía de mi querido Pablo, que iba á verme alguna vez. Yo lamentaba que estuviese tan sujeto por el trabajo, sobre todo que viviese en casa de su patrón, y le propuse alquilar un entresuelo al lado de la librería, donde por lo menos podría yo ir á verle alguna vez y comer reunidos cuando gustase; pero se negó absolutamente á cambiar en nada nuestras existencias.

—Comeríais muy mal si yo os acompañase, querida tía—me decia;—hay días que tengo cinco minutos para comer, y en ellos ni tomo gusto á lo que como. Veo que esto os aflige, pero no tengáis cuidado, no lo paso mal, estoy acostumbrado á esta vida agitada, y ahora un cambio me sería funesto. Puede decirse que no pienso, obro; no ando,

corro; no fumo, no hablo, y en una palabra, vivo para mi objeto, que es llegar á ganar doce mil francos al año; ésta es la ley del trabajo, la fatiga y las privaciones para los que quieren llegar á su objeto.

—¡Pobre hijo mío! ¿cuándo llegarás á ganar esa suma de mil francos por mes?

-Dentro de diez años.

-Y entonces ¿cuándo piensas descansar?

—¿Descansar? ¡Nunca! El trabajo no cansa más que á los necios ó á los holgazanes.

-Entiendo por descanso la facultad de ocuparse á gusto del individuo.

—¡Si estoy ocupado en lo que más me agrada! Mi patrón no es editor más que de obras serias, y gracias á esto me ocupo en leer lo que más me podía agradar. Hoy no me creo un ignorante, tía, y mis conocimientos son útiles á mi principal, que no desdeña oir mi opinión sobre las obras que trata de adquirir. ¡Ah! cuando por él tengo que ir á negocios de imprenta, cuando me encarga la correccion de pruebas, cuando formo un catálogo nuevo de todas las obras de su almacén, los considero trabajos higiénicos, sin contar que muchos de los paseos que me hace dar los doy en su tilbury, porque como tiene la divisa de que el tiem-

po es oro, prefiere darme su carruaje á tener que tolerar mi tardanza; desde que estoy en su casa he aprendido tres idiomas, las matemáticas, algo de física.... ya veis si estaré contento y si me ocupo según mis deseos.

Nada tenía que decir de esta conformidad, y casi me atreveré á confesar que me sentía orgullosa de tal sobrino. Hablaba muy bien, sabía servirse de frases que me revelaban su ciencia sin pedantería, y sentíame satisfecha á la par por su valer y por su modestia.

Sin embargo, aquella vida austera en un joven me alarmaba. Su rostro, si no de perfecta hermosura, de notable distinción, había adquirido el sello de la edad viril, á la par que de una expresión melancólica y triste. Cuando yo alguna vez le hablaba en este sentido, decíame siempre que no conocía el sufrimiento, y se asombraba de mi inquietud. No le veía jamás lamentar los goces de que su existencia precaria le privaba, y no sé si en efecto había seguido su vocación ó si se imponía una resignación heroica.

Mr. Diétrich me preguntaba con frecuencia por mi sobrino, y yo no podía ocultar mi tristeza siempre que de él hablaba; pero tuve que ir disimulando esta contrariedad, porque Mr. Diétrich quería mejorar su situación, á lo cual Pablo tan obstinadamente se negaba.

Cesarina, por su parte, estaba ofendida de la conducta de mi sobrino, atribuyéndola á prevenciones que contra ella tenía, y apenas podía disimularme la aversión que le inspiraba aquel joven que sin conocerla apenas, manifestaba por ella tan profunda antipatía.

—Sin duda lo hace—exclamaba—por llevar la contraria á todo el mundo; ve que cuantos me rodean me elogian y están satisfechos de mí, y me cree quizá un espíritu vulgar. No exijo elogios de nadie; pero la hostilidad por sistema me exaspera, y todo lo que puedo hacer, gracias á tí, es creer que tu sobrino es un excéntrico ó un loco.

Llegó hasta á sospechar que yo en alguna ocasión de enojo había hablado mal de ella á mi sobrino; pero yo acogí riendo esta observación.

Tú sabes—le dije—que no adolezco de accesos de mal humor, ni aun que los tuviera llegaria al extremo de hablar mal de las personas á quienes amo; la resistencia de Pablo á vuestras invitaciones reconoce motivos menos graves; en primer lugar se parece á mí, gusta poco de la sociedad.

—Eso no lo sabes tú ni él mismo, puesto que no la querido nunca frecuentarla.

—Eso prueba su repugnancia; no por eso le creas tan rudo que hiciera un mal papel en ella No ha aprendido el vocabulario de los salones y no sabe estar en detalles que son indispensables en ellos, pero.....

— Ŝin duda ha debido aprender en su librería cómo se visita á los sabios, pero no á las damas; sin embargo, no me hará creer que no tiene buenos modales ni excelente apostura. Su figura la he visto y su exterior no anuncia nada de eso.

—Cierto, pero no gusta de vestirse. Pablo no puede permitirse un lujo que no está en armonía con su situación.

-¿Y no estás tú en el caso de poderle regalar un frac negro y una corbata blanca?

-Yo no lograría hacerle aceptar ni un alfiler, aunque fuera de cobre, y además le falta tiempo para todo: yo misma no le veo más que una vez á la semana.

—¡Se burla de tí! No le faltará tiempo para lo que quiera. El Marqués de la Rivonniere ha tenido tiempo de hacer locuras á pesar de su pasión por mí, y á tu sobrino le pasará otro tanto.

-No lo creas, es un joven juicioso, estoy segura de ello.

-Entonces es un santo, á no ser que, demasia-

86

do vanidoso, esté tan pagado de sí mismo, que no encuentre á nadie digno de alternar con él.

Estas palabras me ofendieron un poco, á pesar de las disculpas de Cesarina y de sus caricias para hacérmelas olvidar.

Mi amor propio, se interesó en el asunto, y tenía ya empeño en hacer conocer á la familia Diétrich que mi sobrino no era un vanidoso ignorante.

Esta pequeña herida de amor propio fué origen de una enorme falta.

Preparábase una gran fiesta para celebrar el aniversario veintiuno de Cesarina. Aquel día su padre, además de la posesión de la herencia materna, le constituía una renta sobre bienes propios dotándola aún antes de que eligiese marido. Había manifestado tal aversión por la dependencia en ciertos detalles de la vida, que á veces se pasaba sin una cosa con tal de no pedir para ella, y monsieur Diétrich, á quien todo le parecía poco para su hija, había destruído por sí mismo este lazo de sumisión filial. Como se ve, aquel padre, aquel razonador rígido, era el primer esclavo de los caprichos de su hija.

Ella aceptó con su acostumbrada gracia; no era avariciosa, pero encontraba en el dinero un agente ciego, indispensable. Hizo mil proyectos de diversiones, de independencia, más ni uno sólo de matrimonio, y Mr. Diétrich que la veía feliz no tenía el menor afán de verla casada.

Aquella noche había un gran baile y pude al fin obtener de Pablo que consintiera en presentarse, diciéndole al efecto que se atribuía su alejamiento á poca satisfacción de mi parte en la casa, á un resentimiento que yo le hubiera podido confiar á él.

Como no había en realidad otras causas que las expuestas por mí á Cesarina, consintió en presentarse, pidiendo al efecto el traje á su antiguo condiscípulo, el joven Latour, que era de su misma estatura. Su falta de pretensiones hizo que mane jase aquel traje, enteramente nuevo para él, con admirable soltura, y se presentase con naturalidad, porque si le faltaba costumbre, le sobraba penetración.

Los hermanos Diétrich me felicitaron después de algunas frases cambiadas con él; no lo extrañé, porque su afecto por mí les hubiera hecho hablar así de todas maneras. Pero en Cesarina era distinto, y una extraña fatalidad me arrastraba á vencer su repugnancia.

Estaba deslumbradora de lujo y hermosura,

cuando atravesando el baile seguida siempre de su corte de amigos íntimos, se encontró con Pablo á quien yo acompañaba para prasentárselo.

No dejaba él de sentir curiosidad por admirar de cerca aquel astro tan celebrado, que así llamaba siempre á Cesarina, pero una curiosidad filosófica, desinteresada, como si se hubiera tratado de estudiar un manuscrito precioso ó un problema. Este sentimiento firme se veía en sus miradas serenas y frías: en las de Cesarina, por el contrario, leía algo de audaz, algo como un desafío que me aterró. Tuve un presentimiento de las consecuencias que podía traer mi fatal imprudencia y á punto estuve de decir á mi sobrino:

-Ya te han visto; vete.

La multitud que rodeaba á Cesarina, y los amigos que venían á saludarme, me separaron de Pablo, al que perdí de vista durante una hora. De repente al atravesar yo, para dar algunas órdenes, una galería que se había llenado de flores y arbustos, ví á Cesarina y á Pablo aislados en medio de la fiesta, sentados y como escondidos bajo el dosel que formaba una mimosa monumental. Había delante de ella un sofá circular y en él Cesarina se abanicaba como quien busca un recurso contra el calor de los salones.

Pablo tenía el aspecto de un hombre que ha sido detenido en el instante de partir.

-¡Ah, llegas á tiempo!-me dijo Cesarina al ver que me acercaba; -hablábamos de tí, siéntate; si no, todos esos envidios os vendrán á estorbarme este rato de conversación con tu señor sobrino. Figurate, querida mía, que jura por su honor que le soy indiferente, que ni aun me conoce de referencia; jya ves si es imposible! Tú no has de haber consagrado seis años de tu vida á servirme de hermana y madre sin hablarle de mí como á mi me has hablado de el. Yo en cambio le conozco perfectamente por lo que me has dicho de sus ocupaciones, de su carácter, de su salud, de todo lo que en él te interesaba. Podría decirle cuántos constipados ha tenido, cuántos libros ha devorado, cuántos premios ha obtenido en el colegio, cuántas virtudes posee....

—Pero no podréis decir—repuso con jovialidad mi sobrino—cuántas veces he engañado á mi tía fingiéndome constipado para sacarle pastillas, y cuántas la he hecho formar una opinión equivocada de mí al hablarle de mis exámenes. Si os fundáis en las ilusiones de su amor maternal, bien puedo asegurar sin equivocarme que me conocéis lo mismo que os conozco yo á vos.

—No sois , por cierto, galante ;—repuso Cesarina picada.

— Ciertamente — repuso él completamente sereno; — no soy más galante que cualquiera de los muebles ó las estatuas de éste vuestro palacio encantado. Mi papel, como el suyo, se limita á estar en el sitio que me han puesto, sin formar opinión de las cosas que pasan delante de mí.

-¡Cómo! ¿no podéis juzgar? ¿no véis?

-Precisamente, no veo.

- ¿Tan deslumbrado estáis?

-Al contrario, es que soy miope.

Cesarina se levantó con un impulso de cólera que en vano quiso disimular; era el primero que había observado en ella, y me causó tal sorpresa, que no fuí dueña de encontrar una frase para salvar, como suele decirse, la situación.

—Querida mía—me dijo tomando bruscamente su abanico, que yo había cogido maquiralmente—tu sobrino es muy espiritual, pero tiene mal corazón, no sabe que, al traerle aquí, venía hacia él como una hermana hacia el hermano de quien ha vivido separada; veía en él tu hijo adoptivo como soy tu hija adoptiva yo..... Creía que habiendo hecho ya el viaje de la vida habíamos adquirido cierta experiencia que nos daba medios de hablar

amistosamente; pero ya ves cómo me ha recibido. Yo he hecho todo el gasto, como debía por atención á tí; pero su aversión por mí es tan marcada, que por dignidad renuncio á volver á ocuparme de él.

Quise responder; Pablo oprimió mi brazo, y Cesarina que lo percibió, sonrió con expresión de desdén muy parecida al odio, y se alejó. Pablo me retenía siempre.

—¡Dejadla, tía, dejadla!—me dijo cuando hubo abandonado la galería.

Y volviendo á adoptar conmigo, por efecto de la emoción, el tuteo de la infancia, añadió:

—¡Te juro que me inclino á creer que esa niña es insensata ó perversa! Está acostumbrada á dominarlo todo, y se figura que es fácil hollar con su lindo pié todas las cabezas.

—No—le dije;—es buena; un poco mimada, un poco coqueta, pero nada más; y en último resultado, ¿á tí qué te importa?

-Tenéis razón; nada me importa.

-¿Entonces, por qué tiemblas?

-¿Yo? No sé. ¿Creéis que tiemblo?

—Estás más turbado que ella. ¿Qué ha pasado?

-Nada.

-¿Qué te decia cuando he llegado yo? ¿Te ha dado alguna cita?

-Sí; un criado me entregó en el momento que me retiraba (porque yo nunca me propuse pasar la noche aqui), un papel. ¿Le he perdido?.... No; jaquí está! Oid: «En la galería.... junto al arbusto mayor.... al momento.» ¿Eres tú, madrina, quien ha escrito esto?

-No, pero podría dudarse. Cesarina tenía muy mala letra cuando yo vine aquí; me encargé de reformársela, y hoy la suya y la mía se confunden.

-¡Entonces ha sido ella quien me ha dado esta cita, y por mejor decir, esta orden de venir aqui! Confieso que me engañé, que oreí que tenías algo que decirme; dejé mi abrigo que ya había cogido, y la encontré sentada en ese diván con indolencia. No veo mucho de lejos y no la reconocí hasta que estaba cerca y me hizo seña de sentarme á su lado, diciéndome con cierta indolencia: «Si viene alguien vos os deslizáis por allí, yo por el otro lado. No es costumbre que una joven proceda así con un hombre á quien apenas conoce; pero no importa, os habrán dicho que soy excéntrica, sé que no me queréis bien y no solicito vuestro cariño, pero no me separaré de vos sin haber alcanzado vuestra amistad.»

Asombrado de tal principio y no creyendo todavía en coquetería tan audaz, repuse que yo no podía amar á una persona sin conocerla y que, no conociéndola, no la podía querer.

- -- ¿Y porqué no me habéis conocido?
- -Por que no he tenido tiempo.
- -¿Creéis que sea necesario tanto?
- -Sin duda; yo entiendo poco de mundo, no comprendo ni el silencio, ni el lenguaje, ni la pantomima de los salones.
- -¿Es decir, que no veis en mí más que á la mujer de los salones, á la mujer superficial?
- -¿No es en medio de la sociedad donde os encuentro?
- -Porque no habéis querido nunca verme en familia.
- -Mi tía os habrá dicho, sin duda, que tengo poco tiempo.
- -Aquí hubierais encontrado personas formales con quienes hablar; aquí también concurren sabios. Les he preguntado si os conocían y me han dicho que erais un joven muy fuerte.....
 - -¿En filosofía?
 - -Eso es.
 - -¿Y habéis querido convenceros por Wos misma?
 - ¿No me creéis capaz de ello? BIBLIOTECA UNIVERSANA.

"ALFONSO REYES" . 696 1525 MONTERREY, MERICO -Precisamente porque os creo, mi orgullo rechaza el examen.

No respondió—continuó Pablo;— y manejando el abanico con la viveza del despecho, exclamó de repente:

__¿Sabéis, caballero, que me lastimáis?

Yo me levanté vivamente, creyendo acaso que mi pié tropezaba con el suyo, y haciéndome sentar de nuevo, me dijo:

—No me comprendéis; yo abrigo ideas generosas; me han enseñado la benevolencia como una virtud, compañera de la caridad cristiana, y por primera vez en mi vida me encuentro en presencia de una persona que tiene marcada prevención contra mí. Toda injusticia me subleva; por eso me subleva la vuestra y deseo conocer la causa de vuestra aversión.

En vano he protestado en términos atentos que no había tal aversión, porque entonces me ha presentado los más extraños sofismas. ¡Ah, tía! tú no me has dicho nunca la verdad respecto de tu discípula! ¡Tú, tan buena, tan recta en tus pensamientos has debido sufrir mucho con esa joven perversa.... perversa! Lo es. No quiero buscar otra palabra; imposible me es referirte toda nuestra conversación, porque está tan confusa en mi

mente, como un sueño extravagante, pero estoy seguro de que me ha dicho que la amaba y que mi timidez, mi alejamiento, eran celos. Cuando he dicho que apenas recordaba su figura, me ha contestado que mentía y que podía sin temor confesar la verdad, porque á nuestros años la amistad hacia el hombre empieza á la par que amor en la mujer, lo que era una fatalidad. Yo entonces he preguntado un poco bruscamente si esa fatalidad no era recíproca, y con una amargura, con una mirada con la cual quería penetrar hasta el fondo de mi corazón, me dijo:

-Por fortuna, no; la fatalidad es patrimonio exclusivo de la mujer.

Entonces comprendí que era inútil gastar más tiempo con semejante loca, ó con tan hábil coqueta, y exclamé:

—Mlle. Diétrich, sois más despreocupada que yo, y admitís que una joven honrada puede provocar la afición de un hombre sin dejar de ser pura Sin duda esta moral se usa en vuestra sociedad, que yo no conozco, que no quiero conocer, porque, gracias á vos, creo que estaría en ella fuera de mi lugar.

Si no dije estas palabras han sido otras análogas y han provocado en ella un acceso de furor

que la dominaba en el momento que has entrado. Ahora, querida tía, decidme: ¿es sólo una niña mimada un poco coqueta? Creo más bien que es una mujer harto sagaz y peligrosa para un hombre que no esté muy en guardia. Ha creído quizá que ese hombre sería yo y se ha engañado; no la conocía, me era indiferente. Ahora si vuelve á interrogarme le diré que me es antipática.

-No, hijo mio-repuse vivamente; -es preciso evitar que vuelvas á ser interrogado. Vas á retirarte, y cuando vuelvas á verme darás tres golpecitos á la puerta pequeña del jardín. Yo misma la abriré, y reunidos sabremos hacer frente al enemigo si acaso se presenta: veo que Cesarina te causa miedo. Yo, que la conozco bien, sé que la resistencia la irrita, y con tal de vencerla se arroja á cualquier exceso. Tal como es, la quiero; ¿por qué te lo he de negar? No se consagra uno al cuidado de una niña durante años enteros sin sentir por ella profundo afecto y cariño. Conozco sus defectos y sus cualidades y comprendo que he hecho mal en traerte á su casa, puesto que el resultado ha sido un alejamiento mayor; por el cariño que me profesas, te ruego que no pienses más en este absurdo baile, y le consideres como un mal sueño. ¿Te parece dificil?

-No, querida tía, si está ya hecho.

—Creo inútil decirte que, por afecto á mí, no debes hablar á nadie de la ridícula aventura de esta noche.

—Lo sé, tía: no soy fátuo ni charlatán, y después de todo el ridículo sería para mí. Ahora, tía, os diré que tardaréis algún tiempo en verme; mi principal me envía á Alemania, y como veis no podía venir este viaje más á tiempo.

En cuanto á Cesarina, ella reconocerá su falta, y á tí, creo que no necesito encargarte que te repongas de tan pueril emoción.

—Madrina, os comprendo; me habéis encontrado muy conmovido, y esto os inquieta. No quiero marcharme sin tranquilizaros: mi espíritu y mi corazón no quedan turbados por la escena con Mlle. Diétrich. Por el contrario, mi corazón y mi mente rechazan el carácter de tal mujer. Ni aun mis ojos han sido impresionados por un tipo al que acompañan tales cualidades. Hermosa ó no, una mujer que se ofrece á un hombre, aunque sólo sea para burlarse de él, maneja la brasa del amor siu propagar el incendio. Os confieso, tía mía, que lo único que he experimentado ha sido la cólera del hombre cogido en una emboscada..... Ya pasó, y no temo un nuevo asalto; mucho más que me

parece pueril exponerse à él, por ser imposible batirse con tal enemigo; mi indignación ha pasado y me marcho tranquilo. Quedad vos tranquila también, porque os juro que Mlle. Diétrich no hará, aunque se lo proponga, la desgracia de mi vida.

Parecióme tranquilo, en efecto, y nos separamos. Volví al salón; Cesarina bailaba con el Marqués de la Rivonniere y me pareció muy contenta.

Al día siguiente me dijo:

—¿Sabes la noticia del baile? Me han criticado que me presentara cubierta de diamantes. Todos los hombres han dicho que llevaba pocos para lo bien que me sentaban; pero todas las mujeres, y mis mejores amigas, han dicho con aire de compasión, que me había vestido de mujer casada siendo todavía soltera. Yo he respondido lo que ya pensaba de antemano; que hoy entro en mi mayor edad y que aún no estoy segura de tener intención de casarme; que tengo diamantes que aguardan impacientes el día de mi boda, y que se aburren de brillar en la sombra de sus estuches; que les he dado un día libertad, pero que volveré á encerrarlos si tan mal me sientan. ¿Creéis que me sientan mal?

Esta sencilla pregunta me ha hecho recoger multitud de elogios; pero por parte de mis queridas amigas eran elogios forzados: he conocido mi triunfo, y mis alhajas no serán en adelante condenadas al encierro.

—Creí—le dije—que tenías alguna cosa más importante que contarme.

—No—respuso— eso ha sido lo más importante de la fiesta de ayer.

—Pues yo no lo creo así; la cita que habéis dado á mi sobrino es una broma de muy mal gusto y me tenéis enojada.

Cesarina no estaba acostumbrada á reconvenciones tan directas, porque toda la preocupación de su vida había sido obrar á su capricho, pero sin dar ocasión á la censura. Quedó vivamente sorprendida y fijó en mí sus rasgados ojos azules, sin encontrar una frase para confundir mi audacia.

—Hija mía—le dije—no es vuestra institutriz quien habla, no lo soy ya; sois dueña de vuestras acciones y emancipada de toda superioridad; como vuestro padre os habrá dicho, desde hoy dejo de percibir honorarios y no estamos ligadas por más lazo que por el de la amistad.

-¿Vas á dejarme?-me dijo, cayendo casi de

rodillas con un movimiento tan natural, tan espontáneo, que me impresionó, por más que estuviese acostumbrada á verla representar esas escenas dramáticas de que ella misma se reía una hora después.

-No cuento dejaros por eso-le dije-á me-

nos que.....

Me interrumpió, y echándose en mis brazos
me dijo:

—Me tratas de vos, y eso es que ya no me quieres; si no me hablas de tú, no te escucharé más.

—Pues bien; no te dejaré, á no ser que tu me obligues á ello burlándote de mis deberes y de mis afecciones. Te digo que no es la institutriz, no es la amiga siquiera la que se queja; es la tía de Pablo Gilbert; ¿me comprendes ahora?

—¡Dios mío, tu sobrino!..... ¿Pues qué hay, que pasa? ¿Acaso, sin yo pretenderlo, se ha enamorado de mí?

—¡Eso quisieras!—repuse indignada por la osadía de tales palabras.—Sería injusta venganza de su insubordinación: pero no te hará saborear ese placer de los dioses; ni está enamorado de tí, ni lo estará nunca; has perdido el tiempo, pero te has expuesto á perder también tu dignidad.

-¿Ha sido él quien te ha dicho eso?

- Precisamente, exigiéndome no decirtelo!

—; Qué imprudente!—exclamó la joven lanzando una carcajada.

—Si, riete porque confias en mi cariño, en mi bondad. Te conozco más de lo que te figuras, pobre niña, y aunque crees haberme interesado hasta el punto de que no vea más que el lado bello de tu carácter, soy mujer al fin y tengo mi sagacidad; te amo por tus cualidades; conozco tus defectos, ó por mejor decir, tu defecto, porque es uno sólo, pero inmenso, aterrador.

-¿El orgullo, no es verdad?

—Sí, y no me hago ilusiones sobre sus peligros; emprendes una lucha á muerte contra todo aquello que te ofrece resistencia y estás segura de vencer; pero te engañas, mi sobrino se resistirá, tiene una fuerza para tí desconocida, la sabiduría y la modestia.

—Todo lo contrario del orgullo, de la altivez: pues bien, si fuera tan terrible como dices encendería el fuego de mi voluntad, mostrándome tal cual soy á otro más fuerte que yo. Pero, tranquílizate, Paulina, no soy ese personaje de drama ó de novela que te figuras. Soy todo lo más una mujer un poco frívola y un poco seria: me gusta el pro y el contra: la venganza me agradaría y el